

## EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE STUART MILL EN LA OBRA DE JOHN DEWEY<sup>1</sup>

MIGUEL CATALÁN GONZÁLEZ

*Universidad Cardenal Herrera-CEU (Valencia)*

### RESUMEN

Este artículo intenta establecer la relación de la teoría política del filósofo pragmatista norteamericano John Dewey con el liberalismo de J. S. Mill. Esa relación tiene gran importancia teórica, pues Dewey fue de entre los pragmatistas clásicos el más interesado por la teoría política y la práctica de la intervención social. Las relaciones de Dewey con el utilitarismo, y en especial con la obra de Bentham y Mill, podrían dar, pues, el tono de la vinculación práctica entre pragmatismo y utilitarismo.

**Palabras clave:** Filosofía política, liberalismo, utilitarismo, pragmatismo.

### ABSTRACT:

This article presents the relationship between the political theory of John Dewey, pragmatist philosopher, with the utilitarianism of J. S. Mill. That relation has some theoretical importance, because, between all classical pragmatists, Dewey was the most interested in the political theory and also in the practice of social intervention. The relations of Dewey with the utilitarianism, and especially with the work of Bentham and Mill, could set, then, the standard of the practical link between pragmatism and utilitarianism.

**Keywords:** political philosophy, liberalism, utilitarianism, pragmatism.

Antes de examinar la comprensión deweyana del liberalismo de Mill conviene poner marco a la relación interpersonal entre los dos filósofos. Precisamos para ello apuntar, siquiera brevemente, la relación entre utilitarismo y pragmatismo.

---

<sup>1</sup> Aprobado para su publicación con fecha de 20/12/2003.

Uno de los maestros de Dewey, William James, reconoció en el utilitarismo una de las bases teóricas de lo que luego resultaría ser la escuela filosófica norteamericana por excelencia. El propio John Dewey ha evocado y ratificado esta filiación jamesiana del pragmatismo respecto al utilitarismo<sup>2</sup> en el sentido de que el pragmatismo tiene “puntos de contacto” sobre todo con tres escuelas o tradiciones de pensamiento, a saber: el nominalismo, el empirismo y el utilitarismo.

No cabe duda de que John Dewey consideró el utilitarismo un precedente de su propio pensamiento. Su defensa de la democracia como único sistema político moralmente aceptable se encuentra vinculada a la maximización de la utilidad colectiva como criterio de legitimidad política, tal como se distingue en el *dictum* de Bentham: “La cuestión de cuál es la mejor forma de gobierno es muy sencilla: se trata de dar a cada individuo de esta sociedad un voto”.

Lo que indicamos del utilitarismo podría afirmarse en general de la filosofía inglesa, a la que Dewey atribuye, en una línea que iría de Bacon al propio Mill, dos grandes ventajas en comparación con la filosofía continental, y en especial con la alemana: en primer lugar, el hecho de que había sido cultivada por *men of affairs* directamente experimentados en y vinculados a intereses sociales, más que por profesores<sup>3</sup>, regularidad de la cual derivaba su talante práctico, y, en segundo lugar —en especial en los casos de James y Dewey—, el respeto a los procedimientos de cálculo y a la defensa de la ciencia empírica (Peirce y James fueron, como se sabe, destacados científicos en sus campos respectivos, la física y la psicología empírica), regularidad de la cual derivaba su empirismo.

Algo parecido sucede cuando hablamos en concreto de Dewey. En términos un tanto gruesos, cabría decir que comparte con la doctrina utilitarista la creencia en el falibilismo intrínseco de las ideas y creencias humanas, el empirismo de base frente al intuicionismo y al racionalismo, así como la admiración por el talante científico, de observación y detalle, respecto a la tendencia racionalista a la especulación abstracta. En una nota de *Ethics*<sup>4</sup>, Dewey refiere aprobatoriamente una pasaje de la *Autobiografía* de Mill donde se lee cómo Bentham instituyó unos modos de investigación y hábitos de pensamiento que se alejaban de las generalidades para establecer un *method of detail*, un método de precisión, que debía considerarse revolucionario. La tarea secularizadora, aplicable tanto

2 “What Pragmatism means by *Practical*”, en Dewey, John, O.C., MW, 4: 99. Cito en adelante las Obras Completas John Dewey a a partir de la edición *The Collected Works of John Dewey 1882-1953*, Jo Ann Boydston (ed), Carbondale and Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1969-1991, dividida en tres series: Obras Juveniles (*The Early Works: EW*), Obras del Período Medio (*The Middle Works: MW*) y obras de madurez (*The Later Works: LW*).

3 Vid. “German Philosophy and Politics”, OC, MW, 8: 144.

4 OC, MW 5: 217

a Hobbes como a Bentham, de una teoría de la sociedad y de la política que se liberara de la teología y de la metafísica le parecía de importancia fundamental.

También los contenidos prácticos y reformistas del pragmatismo presentan cierto aire de familia con el utilitarismo; para Dewey, ha de ponerse en el haber de los utilitaristas clásicos James Mill y Jeremy Bentham su eficaz lucha contra lo que denominaba el “prejuicio moral y los intereses de clase enmascarados de moralidad natural e intuiciones eternas”<sup>5</sup>. No cabe duda de que el ideal deweyano de una ciencia de la naturaleza humana basada en el control social en busca del bien común tiene un precedente en los fundadores del utilitarismo.

Por último, es necesario reconocer la influencia de Mill sobre el pragmatismo en general. Los pragmatistas de la primera generación James y Peirce reconocieron en diversas ocasiones su deuda con el llamado (humorísticamente) “Club metafísico”, en especial con Oliver Wendell Holmes y Chauncey Wright, este último un defensor a ultranza de la obra de John Stuart Mill e introductor de la misma en el acervo de referencias pragmatistas.

\* \* \*

John Stuart Mill es el más afín a Dewey entre los pensadores utilitaristas. El nombre y la obra del hijo de James Mill le llegaron a Dewey de bien joven, cuando era estudiante de postgrado en la Universidad John Hopkins, de la mano de su profesor idealista Georges Sylvester Morris. Fue Morris quien hizo nacer en Dewey el interés por una lógica “real” o de la experiencia en línea con los intentos de Hegel y, en otro orden y nivel, del propio Mill, frente a la lógica “formal”. Dewey ha recordado en su *laudatio* “George Sylvester Morris: an Estimate”<sup>6</sup> cómo en la cátedra de Morris solían salir malparados los pensadores ingleses en comparación con los alemanes, con una sola excepción: la de John Stuart Mill. Dewey sugiere que había entre las personalidades y los propósitos últimos de Mill y Morris una gran sintonía, pero que el punto de partida y el desarrollo de la filosofía de Mill, vinculados a la tradición “externalista” y “mecanicista” del empirismo inglés, no podían sino repeler al acendrado idealismo de Morris. La cita profesoral que recuerda Dewey es significativa: “la gran desgracia personal de J. S. Mill fue la de haber sido hijo de James Mill, en vez de serlo de J. G. Fichte”.

5 “The Evolutionary Method as Applied to Morality”, en OC, MW 2: 36.

6 En OC, MW, 10: 109-115.

Esta tensión en las influencias formativas de Mill se reproducirá más adelante en el propio Dewey. Pues también el filósofo americano intentará combinar visiones del mundo opuestas que pudieran dar impulso a la acción y al mismo tiempo despejaren los prejuicios y las formas confusas de pensamiento. Mill, que percibió en el “seco análisis” de Bentham o de su propio padre, y en general en el “particularismo” británico, un elemento inaceptable que había de ser compensado con el “sentido histórico” y el “organicismo” de la filosofía germánica, será un precedente del constante esfuerzo de Dewey por conciliar el aspecto humanístico de los sistemas de Kant y Hegel con el rigor del método de Hume o Bentham. En “On understanding the Mind of Germany”<sup>7</sup> afirma Dewey que la filosofía alemana “suministró unos principios orgánicos constructivos con que combatir los defectos manifiestos del histórico particularismo inglés. El “imperativo categórico” apareció rodeado de un halo de gloria, debido a su contraste con la teoría mecánica del beneficio y el perjuicio”. Y, respecto a Hegel: “la noción germana de la historia como evolución immanente de la Idea Absoluta resaltaba en contraste con esa ausencia de un sentido del valor moral de la continuidad histórica que John Stuart Mill percibió como la debilidad de sus propios antepasados”.

A partir de la afinidad de Mill con su maestro Morris, Dewey estudió la obra de Mill a conciencia, y todas las obras importantes de éste han sido citadas a lo largo de la obra de aquél. John Stuart Mill influyó en Dewey en diversas materias de orden teórico, y no sólo en el pensamiento ético y político que examinaremos más adelante.

Para empezar, la *Lógica* deweyana entendida como teoría general de la investigación debe mucho ya en su misma concepción a la idea integradora de pensamiento y acción, en concreto al propósito de mostrar que la lógica podía aplicarse a asuntos humanos y, más en concreto, de lograr para las ciencias humanas aquellas conquistas que los métodos de investigación científicos habían culminado en el mundo empírico; este ideal aplicativo característicamente deweyano ya lo tuvo Mill al acometer su *System of Logic*, como reconoce el filósofo de Vermont: “Es un hecho fácilmente comprobable que el interés de Mill por la lógica se debía principalmente a su interés por las cuestiones sociales, económicas y políticas. Su verdadero problema era cómo el método utilizado en las ciencias naturales podría emplearse para pensar en los asuntos políticos y económicos de manera que quedaran fuera del campo de la mera opinión y el perjuicio”<sup>8</sup>.

En esa dirección comprensiva, Dewey atribuye a Mill una gran importancia en el ensanchamiento de la moderna sustitución de las viejas

7 Artículo publicado originalmente en *Atlantic Monthly*, en 1916. Vid. OC, MW, 10: 224.

8 OC, LW, 11: p. 80. Vid. asimismo p. 128.

esencias inmutables por las modernas “leyes” o “regularidades”<sup>9</sup> que ayudan a predecir, y por tanto controlar, acontecimientos futuros; en opinión de Dewey, tal sustitución se hizo siguiendo una secuencia que comenzó con Galileo, continuó con Mill y sus procedimientos prácticos respecto a la inducción y la inferencia en general, y culminó con el esquema de interpretación darwinista.

También en el campo de la filosofía de la religión parece observarse un cierto flujo milliano, aunque esta vez no reconocido por Dewey. Milton R. Konvitz ha apuntado<sup>10</sup> que la obra tardía deweyana sobre materia religiosa, *A Common Faith*, tuvo presentes los tres ensayos sobre religión que se publicaron póstumamente en *The Philosophy of John Stuart Mill*, y en concreto el ensayo “Utility of Religion”, donde Mill proponía eliminar todo lo sobrenatural del área de las creencias que debían ser razonadas –tarea que había requerido mucha energía con resultados más bien pobres– para pasar al área de la fe, donde quedaba legitimada.

Centrándonos ya en la filosofía práctica, Dewey atribuyó a Mill, aparte de su interés por la educación y por la recuperación del elemento cultural en el desarrollo histórico, dos aportaciones fundamentales al utilitarismo: una estrictamente ética y otra con implicaciones sociopolíticas. Me refiero por una parte a la tesis de que la cualidad del placer era más importante que la cantidad, y por otra a la de que el individuo humano es naturalmente social, por lo que suele juzgar instintivamente su propio bienestar desde el punto de vista social<sup>11</sup>.

Ambas “innovaciones” guardan una estrecha familiaridad, no sólo porque reflejan la reacción contra lo que Dewey denominaba las formas más destructivas y atomísticas (“extremas”) del empirismo, sino porque facilitan el paso de la ética a la política. Dewey coincide, en ambas, con Mill y contra Bentham.

En general, Dewey siempre desestimó el criterio hedonista, al que consideraba vulnerable en la teoría e imposible en la práctica, dado el carácter socialmente orientado de la naturaleza humana. Pensaba que el funcionalismo contemporáneo daba mejor cuenta que el hedonismo, ya “histórico” en época del joven Dewey, de los motivos y consecuencias del placer. Desde el punto de vista funcionalista, los placeres y dolores no son “autónomos” ni “separados” y, por tanto, no puede acometerse un cálculo felicitarario a partir de la suma y resta de unidades discretas. Una comprensión más científica de la acción humana relaciona los placeres y dolores con la función que desempeñan en la actividad del agente. El placer de la comida no es, por ejemplo, sino una respuesta previsible a la función

9 Vid. OC, LW, 16: 158. En las pp. 181-3 de la misma obra se puede encontrar también la valoración deweyana sobre la definición ostensiva de Mill.

10 En Dewey, John, OC, LW, 9: xxxi.

11 *Ethics*, en OC, MW, 3: 55.

supervivencial del hambre, de la cual no puede desgajarse. Tal inextricabilidad no carece de consecuencias para su teoría de la felicidad. En *Ethics*, por ejemplo, Dewey distingue entre dos tipos de felicidad; una, falsa o espuria, fundada en la expresión de deseos superficiales e insatisfactorios del yo, y otra, verdadera o genuina, fundada en “el cumplimiento de una capacidad fundamental y ampliamente relacionada”<sup>12</sup>. La psicología funcionalista mostraba para Dewey que la verdadera felicidad reside en la persecución de ciertos fines en armonía con aquellas capacidades y deseos del yo que amplían su experiencia. No es extraño, pues, que Dewey aplaudiera el movimiento de liberación del hedonismo llevado a cabo por Mill.

Respecto a la primera aportación, Dewey toma el partido de Mill en su rectificación al criterio hedonista de Bentham como un reconocimiento de la importancia del yo en los juicios morales, y, más en concreto, como un reconocimiento de la diferencia positiva de cualidad moral entre los placeres. En este aspecto, el siguiente pasaje de su *Ethics* resulta clarificador:

“La estrecha conexión entre felicidad y rasgos del carácter procede también del hecho de que los placeres difieren en cualidad, y no sólo en cantidad e intensidad. La apreciación de la poesía, del arte, de la ciencia, produce un tipo de satisfacción que no es comparable con la procedente de fuentes puramente nerviosas”<sup>13</sup>. Es lo que Dewey denominará el ideal de una “felicidad valiosa”, pensando sin duda en que ciertos tipos de felicidad (la ya proverbial del cerdo satisfecho) son menos valiosas que ciertos tipos de infelicidad (la del hombre insatisfecho). Eso implica que en Mill la automejora del individuo pasa a ser, como afirma Plamenatz<sup>14</sup>, buena en sí misma; el propio Mill afirma en el capítulo tercero de *On Liberty*: “el valor **intrínseco** de la espontaneidad individual se encuentra escasamente reconocida por los modos comunes de pensamiento”. Algo muy parecido ocurre en la filosofía moral de John Dewey, para quien no existe ningún fin moral absoluto o *summum bonum* excepto la automejora en forma de “crecimiento”, que es, como señala en algún lugar, el análogo humano del proceso natural<sup>15</sup>. Ese crecimiento implica, desde luego, placeres y satisfacciones, pero también tensión desagradable, y hasta dolor, en pos de aquellas condiciones objetivas que el sujeto moral considera necesarias para su cumplimiento futuro.

La segunda aportación de Mill al utilitarismo según la óptica deweyana, a saber, el carácter social del individuo humano y, por ende, el carácter compartido de su felicidad, lleva a la superación de Mill del “mero análisis” en tanto escéptico y destructivo, y a su intento de buscar en los

12 *Ethics*, en OC, MW, 3: 249.

13 *Ethics*, OC, LW, 7: 244.

14 Plamenatz, John, *The English Utilitarians*, Oxford: Basil Blackwell, 1966, p. 132.

15 MW, 12: xx.

sentimientos sociales naturales una cierta organización constructiva de la convivencia<sup>16</sup>.

El paso lógico de la primera rectificación a la segunda puede verse en la versión revisada de *Ethics*<sup>17</sup>, donde Dewey mantiene que Mill puso de acuerdo al utilitarismo con el “*unbiased moral sense of mankind*” al establecer que el ideal perfecto de moralidad utilitarista consiste en “tratar a los demás como quisieras ser tratado y en amar al prójimo como a ti mismo”.

La dimensión interna de la acción pasa a ocupar el primer plano en tanto el cálculo de resultados se retira a un segundo plano. Como consecuencia directa de esta primera rectificación, llega la segunda: las leyes y los acuerdos sociales deberían emplazar la felicidad de cada individuo lo más cerca posible de la armonía con otros individuos. Surge aquí el interés por el todo. La educación y la opinión deben ocuparse de establecer una asociación “*indissoluble*” entre la propia felicidad y la de los demás. En un énfasis característicamente deweyano en el papel de la educación, Dewey atribuye a Mill la consecuencia de que la búsqueda de la felicidad de los demás es un componente de mi propia felicidad como individuo. Tal es el ideal educativo por excelencia, más allá de todo cálculo egoísta. Y no otro sería el fundamento del “estado social del hombre”, sin el cual el individuo resulta una mera abstracción. El sentido social de la filosofía práctica de Dewey se encuentra en este reconocimiento de Mill que no encontraremos en Bentham, quien no va más allá de las formas más simples en que los demás nos procuran placer. Así pues, puede considerarse que el cultivo de la propia personalidad y el ejercicio de los afectos y la voluntad individual no se contemplan lo suficiente en el sistema de Bentham, insuficiencia que conduce, lógica y psicológicamente, a un segundo déficit: aquel por el cual Bentham no es capaz de considerar al otro como una *co-equal part* de la vida moral, o, como Dewey afirma en otro lugar, “miembro de una misma comunidad”<sup>18</sup>. Mill intenta, con peor o mejor suerte, subsanar ambos defectos así considerados del benthamismo.

\* \* \*

Esa “segunda aportación de Mill” al utilitarismo nos ayuda a comprender algunos aspectos sociales y políticos de su ética; por ejemplo, que profundice en los factores sociales de la moralidad individual, o que

16 Vid. “The Evolutionary Method as Applied to Morality”, OC, 2: 36.

17 Vid. *Ethics*, OC, LW, 7: 242 ss.

18 “Moral philosophy”, OC, EW, V, p. 148.

insista menos la actividad directa de la administración política y más en la educación como un modo de ampliar el sentimiento de comunidad.

De manera que el supuesto de cierto utilitarismo según el cual los motivos de la acción se producen sólo en pro del interés privado, y por tanto sólo pueden moderarse mediante el castigo y la recompensa, resulta insuficiente e injusto. Igualmente lo es la idea de que la felicidad general resulta sólo de la suma de la felicidad de sus individuos. En *Utilitarianism*, Mill identifica la felicidad con la armonía social: no hay felicidad estrictamente individual aparte del grupo, y en su *Autobiografía* habla de la naturaleza social de la humanidad, en un antecedente de la superación del dualismo entre individuo y sociedad que constituye una de las partes más importantes del programa de superación de los dualismos en Dewey, para quien el bien social es el único bien que conlleva una vida armoniosa y “continua”, y para quien el ser humano asocia instintivamente su interés con el de los demás. La “verdadera felicidad” se encuentra en Dewey vinculada al desarrollo de un carácter que conecta la propia felicidad con la felicidad de la comunidad. Dewey aparta a un lado los placeres egoístas o particulares como espurios o poco representativos, y en su obra siempre se percibe una ambigüedad: la de que la felicidad socialmente orientada es la felicidad que el ser humano busca por naturaleza, y, al mismo tiempo el ideal —no conseguido normalmente— de la felicidad. El “crecimiento moral” consistiría en una labor de auto-creación, como lo ha denominado Robert W. Westbrook<sup>19</sup>: un ideal ético de socialización de los deseos y a la vez una tendencia natural del ser humano.

\* \* \*

Sólo al final de la carrera intelectual considera Dewey el pensamiento político de Mill; la primera vez que lo hace es en el ensayo de 1935 *Liberalism and Social Action*. En su empeño de los años 30 por criticar el “capitalismo de Estado” y el poder económico de las grandes empresas sobre la desorientación inerme de la ciudadanía y la debilidad creciente del poder político, en su empeño por establecer en su lugar una “democracia social”, sino una “democracia socialista” (aunque no socialista de estado, sino participativa), Dewey no creía posible en aquellos años de crisis liberal reconstruir una “democracia liberal” en el viejo sentido, pero sí establecer una nueva forma de liberalismo que prolongara lo mejor del impulso liberal: el impulso hacia “una organización social que haga posible la libertad real y la oportunidad de crecimiento personal en mente y espíritu

19 Westbrook, Robert, *John Dewey and American Democracy*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 1991, p. 158

para todos los individuos”, como lo describió en *Liberalism and Social Action*. Es en ese ensayo donde afrontó Dewey una especie de “historia breve del liberalismo”<sup>20</sup> que da un protagonismo relevante al utilitarismo, y en especial a Bentham y Mill, en la construcción de una doctrina necesaria y benéfica en su tiempo, pero ya notoriamente inadecuada para el primer tercio del siglo XX.

Según Dewey, el punto de partida del liberalismo se dio en Locke, quien había mostrado que la fuente de la riqueza era el trabajo, y no la tierra, en una época en que Inglaterra estaba llevando a cabo la transición de una economía agraria a otra industrializada. La filosofía política tenía también, pues, que pasar de las leyes de la naturaleza física a las leyes de la naturaleza humana. Adam Smith fue quien alojó en el seno de una tendencia de la naturaleza humana, la *sympathy*, las bases de la vida moral y social. El intercambio con el propósito de mejorar la propia condición personal cimentaba la vida económica. En los individuos, la norma del hombre virtuoso era el ejercicio de la simpatía hacia los otros, pero el gobierno no podía apelar a la simpatía, sino sólo a motivos de autointerés. Esta idea de Smith fue compartida por sus sucesores, tanto por la escuela clásica de la economía como por los utilitaristas. Los economistas, por su parte, desarrollaron el principio de la libre actividad económica, el cual identificaba libertad con ausencia de acción gubernamental. El resultado llevó a la formulación del liberalismo del *laissez faire*. En cuanto a los utilitaristas, partiendo de la misma concepción pero con un punto de vista diferente, apoyaron la acción legislativa en un vigoroso movimiento de reforma judicial y política (Bentham), mientras los Mill desarrollaron los fundamentos lógicos y psicológicos de la teoría de los economistas clásicos.

Bentham atacó la preponderancia en el sistema político de los grandes terratenientes que restringían los efectos positivos de la nueva economía mediante la apelación a la *common law*. Las restricciones de la libertad fueron catalogadas como una limitación del placer que los individuos podrían haber obtenido de otra manera. Bentham transformó el impulso para mejorar la propia condición mediante el intercambio comercial y la actividad industrial de Adam Smith en la doctrina de que el deseo del placer y la aversión al dolor eran las únicas fuerzas que gobernaban la acción humana. El criterio benthamita de que las leyes debían juzgarse por la suma de felicidad producida para el mayor número de personas le llevaba a contar a cada individuo como uno y sólo como uno. Tal doctrina denunciaba, lógicamente, toda desigualdad ante la ley. La convicción de que el bienestar de los individuos era la norma de la acción política condujo a un cambio radical en las instituciones sociales, desde su vieja tendencia a satisfacer sólo a un número pequeño de ciudadanos,

---

20 Dewey, J., OC, LW, 11: 10 ss. la resumimos en los siguientes párrafos.

aun a costa de la miseria de un número mayor, a una nueva tendencia en parte negativa (abolición de los abusos sobre la actividad personal, de donde el gobierno tenía que “sacar las manos” allí donde las tuviera puestas) y en parte “positiva” (creación de nuevas instituciones y mecanismos legales); en ese sentido, dondequiera que veía un defecto, Bentham proponía un remedio: “*History shows no mind more fertile than his in invention of legal and administrative devices*”, recapitula Dewey, quien describe la influencia de Bentham como una prueba de la capacidad del liberalismo para promover cambios sociales radicales, pues, en efecto, la historia de los cambios legales y administrativos en Gran Bretaña durante la primera mitad del siglo XIX era principalmente la historia de “Bentham y su escuela”, de la que el liberalismo del siglo XX debiera haber aprendido que la actuación positiva de las leyes y las decisiones gubernamentales contra el conservadurismo no está reñida con el liberalismo<sup>21</sup>. La influencia de Bentham sobre el acontecer político de los Estados Unidos fue, sin embargo, mucho más reducida, pues las condiciones norteamericanas no reproducirían las británicas hasta mucho después (Estados Unidos fue un país predominantemente agrario hasta la Guerra Civil). Y, para cuando se proclamó la Constitución americana, las ideas de Locke incorporadas a la Declaración de Independencia (ideas acerca de la irrestringible libertad individual, incluyendo la libertad de contrato) proporcionaban una base filosófica más adecuada al “mundo de la vida” pionero y de frontera del país que el intervencionismo progresista de Bentham: “el evangelio de la auto-ayuda y de la iniciativa privada se practicaban de manera tan espontánea que no necesitaban de un especial apoyo intelectual. Al fin y al cabo, no había un fondo de feudalismo que diera relevancia al reformismo del sistema legal y administrativo benthamita”<sup>22</sup>. Además de ello, el principio del mayor bien para el mayor número tendió a establecer en Gran Bretaña la supremacía del interés nacional sobre los intereses locales, en tanto que la historia política de Estados Unidos se regía por los intereses regionales, y por esa razón el principio benthamita de la “omnicompetencia del cuerpo legislativo” no se llevó a la práctica en Estados Unidos.

Por otra parte, Bentham concedió con su consecuencialismo un gran papel a la extensión de la educación y la salud públicas. Al dismantelar la doctrina de los derechos naturales inalienables estaba eliminando los obstáculos de la acción positiva del Estado allí donde pudiera mejorar el bienestar general; esto era según Dewey muy positivo, pues al debilitar la noción de que la Razón era un majestuoso poder dispensador de verdades últimas, obligaba a investigar las situaciones concretas y a proyectar medidas para mejorarlas.

---

21 Idem, p. 14

22 OC, LW, 11, 16

El liberalismo, una vez puesto en marcha, produjo ciertos efectos indeseados en términos de injusticia y desigualdad. Para Dewey el “liberalismo colectivista” (leyes para la protección de niños y mujeres, reducción del horario laboral, prevención de accidentes en el trabajo) no fue obra de los utilitaristas, sino más bien del partido Tory; todas esas leyes contravenían la libertad de contrato del liberalismo del *laissez faire*. Eran ideas procedentes del humanitarismo, de la piedad evangélica y del romanticismo a las que el partido Tory dio forma. Coleridge, Wordsworth, Carlyle y Ruskin entre otros, simpatizantes del partido Tory, atacaron a los utilitaristas como responsables de los efectos injustos del industrialismo en Inglaterra, y propugnaron por tanto la vuelta a la naturaleza (Wordsworth), a las instituciones duraderas (Coleridge), a un régimen de autoridad (Carlyle), a la religión (Ruskin) y, en general, a la sociedad preindustrial; el socialismo estético de William Morris también sirvió para fortalecer este contrapeso al utilitarismo.

En Estados Unidos se produjo un cambio en el espíritu y el significado del liberalismo, que se disoció del *laissez faire* y empezó a asociarse al uso de la acción gubernamental para aliviar la desventaja económica de los más débiles; esa asociación norteamericana de liberalismo y progresismo político de principios del XX tenía poco en común con el liberalismo británico de la primera mitad del XIX.

Este es el cruce de caminos histórico donde crece John Stuart Mill, cuya carrera entiende Dewey como una lucha noble, constante y últimamente infructuosa por reconciliar ambas doctrinas. Su sensibilidad para la brutalidad de la vida hizo ver la vaciedad (*hollowness*) del primer utilitarismo en comparación con los valores de las instituciones históricas, de la poesía o de la vida interior, tal como la presentaban los románticos. Y, desde el punto de vista político, la escuela romántica fue la responsable de la distancia existente entre la aserción de que el único fin que puede llevar a intervenir en la libertad de acción de una persona es la autoprotección y la aserción posterior de que el principio de justicia debe guiar las relaciones laborales.

Dewey analiza<sup>23</sup> la crisis del liberalismo tomando como ejemplo biográfico la crisis personal de Mill. El efecto progresista de los primeros liberales para emancipar a los individuos de las restricciones del tipo tradicional de sociedad y economía durante el primer siglo XIX se desvaneció cuando el optimismo victoriano dio lugar a una nueva sociedad, la que surgió a fines del XIX. El primer liberalismo no pudo afrontar los problemas de organización e integración derivados del industrialismo avanzado. Dewey asocia la crisis biográfica de Mill de 1826, con su pregunta sobre el papel

---

23 OC, LW, 11: 23 ss.

que la hipotética realización del credo utilitarista de Bentham y de James Mill tendría sobre su felicidad, y su respuesta negativa, con los efectos de las reformas liberalizadoras llevadas a cabo por los utilitaristas. Según Dewey, algo falló en las abstracciones legales y políticas a la hora de tocar el corazón del hombre concreto. Bajo la influencia de Coleridge y sus discípulos, Mill hijo aprendió a valorar la importancia de las instituciones y tradiciones para el fomento de lo más profundo y valioso de la vida humana. La lucha de Mill a lo largo de toda su vida por reconciliar estas ideas con las de su primer benthamismo es considerada por Dewey como un símbolo de la crisis del propio liberalismo, cuando más allá de las primeras ideas de libertad frente al gobierno se vio emplazado a contribuir de manera positiva a la construcción de un nuevo orden social, y con él de una nueva autoridad espiritual que pudiera guiar la vida interior de los individuos. La democracia no se conseguía meramente estableciendo el gobierno representativo y el sufragio universal. Quedaba intacto el problema de la organización social a partir de unos individuos cuyas actividades económicas, liberadas ya del corsé institucional, no servían para desarrollar sus capacidades humanas; los valores de la libertad y del autodesenvolvimiento; unos valores que, siendo positivos, tenían elementos adventicios que desempeñarían un papel perverso ante los problemas suscitados por la nueva economía.

Los términos de lo que Dewey denomina “crisis del liberalismo” de los años 20 y 30 del siglo XX le lleva a incluir a Mill<sup>24</sup> entre los miembros del primer liberalismo que no entendieron, o no pudieron entender, el carácter social del yo, *siendo el único miembro* que podría haberlo hecho a partir de su talante personal y de su liberación del hedonismo benthamita. Según Dewey, la desigualdad social fue la consecuencia real del liberalismo, y los defensores del *laissez faire* pasaron con el tiempo a ser los defensores del *statu quo* y a asegurar que las desigualdades de fortuna eran la consecuencia del libre juego de diferencias “naturales”; como si la suerte económica de los individuos pudiera deducirse de sus cualidades naturales en la matriz de una justicia cósmica cuasilógica (Herbert Spencer). Tal presunción es la que llevaba a considerar a la caridad, pública o privada, como injusta con los individuos que no tienen necesidad de ella, una paradoja que hace de la “dependencia parasitaria” de la caridad un factor de empobrecimiento añadido de sus beneficiarios. En todos estos casos, se dejaban intactas las condiciones que causarían la caridad.

La suposición subyacente al primer liberalismo era la de que las personalidades individuales ya entraban en la sociedad y en el mercado completas y terminadas, y que bastaba con eliminar las restricciones

---

24 OC, LW, 11: 29ss

legales para que se cumplieran como tales individuos. No se concebía al individuo como un sujeto social, afectado en su educación y habilidades por las transformaciones colectivas. Debido a este fallo de comprensión, no se pudo valorar la inmensa dependencia de los individuos respecto a las condiciones sociales de partida. Según Dewey, John Stuart Mill fue el único miembro del primer liberalismo en hacer justicia al peso de las circunstancias sociales y familiares en las diferencias entre individuos. Pero incluso en ese caso hay un uso esencialista del término “circunstancias”, como si los ordenamientos y las instituciones sociales fueron “operadores externos” ajenos al proceso de constitución de la individualidad adulta. Dewey cita ciertos pasajes del libro sexto de la *Lógica* de Mill (en concreto, los caps. VII y IX) para mostrar esa especie de atomismo moral; pasajes donde Mill afirma que los hombres no se transforman en otro tipo de sustancia cuando se reúnen en sociedad, como tampoco lo hacen el hidrógeno y el oxígeno cuando se unen, o también que la vida en sociedad no dota a los individuos de propiedades que no puedan derivarse de las leyes (psicológicas) del individuo. Aunque Mill, concluye Dewey, seguramente nunca hubiera aceptado la existencia de un estado pre-social del hombre, lo que ofrece en su *Lógica* no deja de ser una versión psicológica de esa doctrina. De no haberse hallado bajo el influjo de un dogma previo, apunta Dewey, Mill habría extraído otras consecuencias de su propia crisis, a saber, que la existencia de seres presociales y, en general, de todo estado presocial es un mito. Dewey se sitúa en 1936 para lanzar un reto a la doctrina liberal: si quiere seguir basando su atractivo en la importancia del individuo, ha de tener en cuenta la estructura de la asociación humana, de manera que se reconozca que la estructura de las instituciones y las relaciones sociales ejerce un influjo sustancial, tanto positivo como negativo, en el desarrollo individual, y que la inteligencia social no es el añadido de inteligencias individuales, sino la forma fundamental del desarrollo de la civilización.

La necesidad de modificar el rumbo del liberalismo, desde el “primer liberalismo individualista” al “segundo liberalismo social” que debía superar las concepciones externalistas y mecanicistas del individuo según los utilitaristas, apareció tres años después, en *Freedom and Culture*<sup>25</sup>; allí insiste Dewey en la insuficiencia del utilitarismo, y en especial de Mill, por comprender el hecho de que los fenómenos sociales no pueden deducirse de los fenómenos psicológicos. La apología del “hombre individual” al que se refiere Mill en su *Logic* fue revolucionaria en su momento al liberar al nuevo individuo económicamente activo de las restricciones del mundo feudal, pero con las nuevas formas de industria y con el capitalismo financiero tal concepción se había convertido, casi paradójicamente, en retardataria.

---

25 OC, LW, 13: 138 ss.

En *Liberalism and Social Action*, Dewey intentó explicar este cambio polar de significado a partir de la falta de sentido histórico de los primeros liberales<sup>26</sup>; una falta de sentido histórico que les permitió desactivar la referencia a los orígenes sacrosantos de los conservadores de su tiempo, pero que se tomó con el tiempo su venganza al impedirles que vieran que sus propias interpretaciones de la libertad y de la individualidad se encontraban mediatizadas por el momento histórico en que fueron concebidas. En Estados Unidos, a partir de fines del XIX y en el primer tercio del siglo XX, los valores que un día fueron progresistas se convirtieron en retardatarios debido sencillamente a los cambios en la vida económica del país. La doctrina de los “derechos naturales”, superiores a la acción legislativa, fue entonces utilizada para destruir la legislación de orientación social; el interés económico privado se consideró más importante que la situación de la mayoría; una era de poder poseído por unos pocos tomó el lugar de la libertad para todos soñada por los liberales del primer XIX; no se les puede, pues, considerar culpables de las consecuencias de su doctrina, sino más bien inocentes; su único fallo fue el de no prever los cambios de las nuevas fuerzas productivas; cambios que iban a convertir su doctrina en un obstáculo para los fines que profesaban. Bentham vio que el control del poder político mediante la constricción de la representatividad era necesario para que los gobernantes no promocionaran su auto-interés, pero no percibió que sólo cierto control de las fuerzas económicas podría garantizar unos niveles aceptables de libertad para todos y una razonable igualdad económica. Bentham juzgaba deseable la creciente igualación de las fortunas basándose en el supuesto de que la misma cantidad de dinero proporcionaba más felicidad a los que menos tenían; pero juzgaba también que el régimen de libertad económica llevaría a una creciente igualación; no previó que la desigualdad sería la consecuencia del liberalismo del *laissez faire* o que un oligopolio de base económica podría impedir la transferencia de bienes y conocimiento a la mayoría de los ciudadanos.

Esta denuncia que hace Dewey del “liberalismo individualista” transpolado a un tiempo posterior no significa que Dewey dejara de defender ardientemente las libertades individuales relacionadas con la expresión, publicación o reunión, o con la promoción de las propias preferencias, tan caras a Mill. Con la única salvedad ya expuesta por Mill en *On Liberty* de que el ejercicio de tales libertades “no dañara a los otros”, Dewey defenderá también en momentos críticos para el país la necesidad de que la democracia siguiera siendo individualista en aquellos aspectos relacionados con la libertad de conciencia, de información, de preferencias e

---

26 OC, LW, 11: 25 ss.

inclinaciones en la vida privada y pública, como he mostrado en otro lugar<sup>27</sup>.

Para concluir, disponemos de un instructivo epítome de la ambivalente actitud de Dewey hacia el utilitarismo, y en especial hacia el utilitarismo de Mill; lo hizo en un escrito de homenaje para un utilitarista notable como Henry Sidgwick, redactado durante el centenario del nacimiento de Mill: “Sidgwick –afirma Dewey– fue exponente de uno de los más característicos rasgos del pensamiento reciente. Combinaba el interés científico e inductivo y los intereses empíricos con una gran sensibilidad para las aspiraciones ideales y espirituales, y se vio incapaz de reconciliar de manera satisfactoria las dos tendencias. Prácticamente, refleja la incapacidad del liberalismo del tipo de Mill de la primera mitad del siglo [XIX] para comprenderse a sí mismo. Juzgado por sus logros, se mantuvo en un estado de equilibrio inestable. En parte se sentía atraído por el radicalismo y el socialismo, en parte –la parte con la que Sidgwick, pese a muchos de sus recelos, simpatizaba– se movía hacia el conservadurismo. Pero por encima de todo Sidgwick permanece como un recordatorio de todo lo mejor que había en Mill –la simplicidad, la apertura mental, la absoluta equidad y la sinceridad–”<sup>28</sup>.

Según esta comparación con Sidgwick, Mill navegó en pos de sus nobles ideales a través de corrientes opuestas sin alcanzar nunca una síntesis que hiciera justicia al carácter natural y a la vez social del individuo. Aunque involuntariamente, Dewey también se retrataba también a sí mismo en su lucha constante por conciliar los opuestos culturales y filosóficos que le tocó vivir un siglo después.

---

27 Catalán, Miguel, “La libertad de la opinión en tiempos de guerra”, *Comunicación y Estudios Universitarios*, X (2001), pp. 141-146.

28 OC, MW, 4: 244.